



AL HILO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ

Director

Biblioteca Nacional de Nicaragua

Castilla es voz de mando; metal de voz y de flechas reunidas. Castilla fue la vocación de España y luego la de América; fue la llamada al orden de nuestras voluntades. Castilla, como Roma, es una lengua: un poder de comunidad y comunicación. Abrió caminos en la tierra y en el mar, lo mismo que en el espíritu. Por eso el 12 de Octubre, más que la fiesta de la Raza, es la fiesta del Idioma. La Hispanidad es raza porque reza; y no se funda principalmente en la sangre, sino en la voz de la sangre.

Por ser ésta la hora —cien veces repetida— de la Lengua, es, aquí como allá, una hora española. La hora náutica de España por los cuatro vientos madres de la rosa: el viento del Norte, aquilino y helado; el viento lírico del Sur, que es el del corazón; el rojo y milenario viento del Este, hecho de medio y pesadilla; y el clásico del Oeste, que pulle las ideas y agita las formas. Este es el rumbo nuestro, el de las Carabelas españolas descubriendo las Indias Occidentales. De aquí que toda desorientación sea, en nosotros, “desoccidentación”. Pero no hay que olvidar que esta hora es de Occidente en cuanto es la de España. Porque el Descubrimiento de América fue obra únicamente española, no obstante el ministerio del gran genovés. Otras patrias, reales o supuestas —la genovesa o la judía—, han pretendido en vano disputarle esa gloria a la ancha patria del idioma español. Y es que la mano de Dios está inmersa en las aguas de la Historia. Muchos años antes de escoger, como patria de adopción, los dominios de Fernando e Isabel, Colón mismo era ya ciudadano de nuestra Lengua. El, que hasta entonces no sabía escribir más que en latín macarrónico, hizo del Castellano su vehículo, su carabela de cultura. Es cierto que su español no es literario; pero, en sus momentos alados, resulta, paradójicamente, lenguaje poético. Colón fue, sin duda, un poeta, porque fue un descubridor, un

hombre que reveló mundos; porque se guiaba mirando las estrellas, y porque sólo los poetas alumbran el destino de los pueblos. Describiendo más que narrando su cuarto viaje, en el que llegó al Cabo de Gracias a Dios y desde donde Nuestro Señor le dio próspero el viento; el Almirante logra una prosa con verdaderas marejadas poéticas. Y si esas páginas colombinas están llenas de portuquesismos, también lo están los versos castellanos de Don Juan Manuel o de Gil Vicente, según señala el Director de la Academia de Madrid. Al fin de cuentas, Portugal siempre ha sido la mitad del alma hispánica.

En esa tierra ibérica, precisamente, Cristóbal Colón encontró su ruta de universalidad; allí aprendió a fijar los ojos en el cielo, y fue por ello recompensado con descubrir, antes que el Nuevo Continente, estrellas maravillosas no conocidas por Tolomeo. El aire de hazañas marinerías que respiró Colón en Portugal, hinchó sus velas y sus pulmones, haciendo, del lanero de Génova, un navegante de sueños geográficos. De aquel entrenamiento portugués no sacó mucha ciencia, y sí, en cambio, gran destreza en el arte de la navegación. Así se gestó el milagro españolísimo que tornó al mercader en Almirante. Y ello basta para que en la biografía colombina importe más que el nacimiento genovés del héroe, su renacimiento español, porque, como escribió Anzoátegui. “Su partida de nacimiento es su punto de partida”.

Sin embargo, de igual modo que la creación exige continuarse en providencia, todo descubrimiento tiene que ser prolongado en conquista. Y la conquista del Mundo descubierto ya no precisaba el concurso del marinero visionario y audaz, ni de sabios y esforzados marinos, al estilo de Martín

Alonso Pinzón; sino el de soldados de tierra firme. La Conquista de América era una empresa de semidioses; nunca de hombre geniales derrotados, al fin, por ese gladiador infatigable que es el mal. Don Cristóbal se había vuelto una sombra de sí mismo; se encontraba vencido al cumplir su misión.

Y no me refiero solamente al Colón de Valladolid, en 1506, sino también al de Jamaica, tres años antes. El fue quien hizo el 7 de Julio de 1503, en carta escrita desde América a los Reyes Católicos, la triste y crepuscular confesión que sigue: "Aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada día por la muerte y cercado de un cuento de salvajes y llenos de crueldad y enemigos nuestros, y tan apartado de los Santos Sacramentos de la Santa Iglesia, que se olvidará de esta ánima si se aparta acá del cuerpo". Fue entonces que Colón renunció a las glorias de este mundo, eligiendo voluntariamente la desgracia.

El Descubrimiento de América pudo ser realizado, como empresa histórica, por otras naves, incluso armadas por casas comerciales extranjeras; y pudo llevarse a cabo con menos recursos de los que se emplearon. Había, además, noticias más que probables de la existencia de remotas y desconocidas tierras; noticias procedentes, no ya de la literatura greco-latina: de las previsiones de ese "antiguo testamento" clásico, sino del testimonio de visita de algunos, como aquel naufrago de Huelva, del que habla el Padre Las Casas. Esto en nada resta méritos a la epopeya providencial del Almirante; pero tampoco hay que restarle redondez al hecho histórico. Si el Descubrimiento pudo no haber sido español, la Conquista tenía necesariamente que serlo. España era la única nación capaz de efectuar entonces los doce trabajos de Hércules de la Conquista americana, porque se había constituido en el primer Estado moderno, al unificarse, no sólo políticamente, sino —con palabras de nuestro Rubén— "en espíritu y ansias y Lengua". La Providencia quiso que la misma nación llamada a cumplir la obra conquistadora, hiciera también la del Descubrimiento.

Mas las trascendencia de ambas obras reclamaba una enorme dosis de quijotismo. Se trataba de empeños en común, en los cuales se jugaría el destino de un pueblo. Así, en la gesta descubridora, no hubiera sido suficiente la mística personal de Colón; se necesitaba el contagio del espíritu caballeresco. Y el reguero de pólvora que despertó el entusiasmo en todos los tripulantes de la gran aventura, fue el prestigio marino de los hermanos Pinzón. Suyas eran las naves; y suyos "el sacrificio de amor propio —como escribe Julián Juderías de ir en ellas a las órdenes de Colón, y el sacrificio pecuniario de sufragar los gastos en la parte que correspondía al Almirante". Sin el quijotismo de los Pinzón, aun contando con el apoyo de la Reina, a Don Cristóbal se le habría hecho tal vez imposible la expedición. Pero España es la

patria de Alonso Quijano y la patria de Alonso Pinzón, y aquella ecuménica salida al mar del pueblo español, fue, sencillamente, la primera "salida" de Don Quijote.

El Descubrimiento americano es obra de un Pueblo, y gracia de una Reina. El Mundo que aquél descubría, Isabel lo cubrió maternalmente. Y América nunca ha olvidado el regazo de la más noble espiga castellana. Cuando Cristóbal Colón mandó a Sevilla quinientos indios, para que, inexplicablemente, fueran vendidos como esclavos, la Reina Católica "se indignó sobremanera —escribe William Thomas Walsh— y ordenó que todos fuesen puestos en libertad y que se les volviese a sus hogares del Nuevo Mundo". Isabel le dió al hecho universal del Descubrimiento una dimensión hogareña, la cual hizo posible que, después de cuatro siglos de leyenda negrísima, continúe vivo en nosotros el sentimiento de filialidad a la antigua Metrópoli; sentimiento que no existe en el alma de los pueblos de otra estirpe, y que se simboliza en ese tratamiento familiar de "Madre Patria" que damos a España.

El año de 1492 fue grave y grávido para la nación española. La Toma de Granada, la Expulsión de los Judíos y el Descubrimiento de América, sólo gracias a Doña Isabel pudieron darse unidos y para un mismo fin, así como la gavilla de flechas de su escudo. En la lucha que precipitó la caída del último baluarte moro, era la Reina quien, a petición de su marido, mantenía la moral de las tropas con su presencia; y aquella tormenta de Dios que obligó a Colón a quedarse en España, cuando iba de paso para Francia, se tornó en calma en el cielo de los ojos azules de Isabel. Y, con la Reina Católica, muchos personajes de España simpatizaron con los planes del Almirante, aunque él los expusiera con reticencias y sin rigor científico. Ahí están, para desmentir lo que ya el mismo Don Cristóbal dijera en horas de desaliento, los nombres del Duque de Medinaceli, quien le presentó a los Reyes; de su anfitrión el tesorero real Don Alonso de Quintanilla; del converso Luis de Santángel, quien sugirió a Isabel la forma de obtener dinero para la empresa; del Cardenal Mendoza y de Beatriz de Bobadilla; del confesor de la Reina, Fray Hernando de Talavera, y de Fray Diego de Deza, tutor del Príncipe; del tesorero real de Aragón, Gabriel Sánchez, y de Juan de Coloma, secretario de Don Fernando; y, desde luego, de aquellos dos franciscanos de La Rábida, Fray Juan Pérez, el Prior, y Fray Antonio de Marchena, a quienes la más perversa historiografía fundió en una sola persona llamada Fray Juan Pérez de Marchena, como para reducir el número de los españoles amigos de Colón.

Estas reflexiones, que pretenden ser una imagen del alma hispánica —porque reflexionar es reflejar—, son apenas un soplo de poesía hacia la tierra firme de nuestras esperanzas.